

La deuda

POR LUISGE MARTIN

Aunque a veces parece que hablamos de un tiempo antiquísimo y de un hecho legendario del que nadie vivo puede tener recuerdos, aún no se han cumplido ni siquiera cuarenta años. Fue en 1969, en un bar de Nueva York que se llamaba Stonewall. Todavía existe. En ese bar se reunían, entre tinieblas, embozados, algunos homosexuales que buscaban camaradería, entretenimiento o fornicación. Lo hacían a escondidas porque en aquella época no era de buen gusto ser homosexual. De hecho, todavía no había homosexuales: aquellos individuos eran sarasas, o locas, o maricones. Desviados. La Asociación Americana de Psiquiatría (la dueña de la verdad en asuntos de salud mental) decía aún que sentir atracción sexual y amor por alguien del mismo sexo era una enfermedad.

A esos maricones enfermos se les trataba con poca consideración. Se les prohibía acceder a algunos trabajos, se les insultaba en público, se les dedicaban las burlas más hirientes, se les expulsaba a veces de la familia en la que habían nacido e incluso en muchos países se les condenaba a penas de cárcel. Demasiados baldones como para sobre llevarlos sin auxilio. Por eso la mayoría de esos pervertidos, que perdían aceite a chorros y paseaban siempre por la otra acera, intentaban casarse con mujeres mansas o se construían a sí mismos vidas huidizas, clandestinas, desbocadas.

Digámoslo con sinceridad: la mayoría de esos sodomitas pervertidos, si no todos, acababan mal de la cabeza. Estar todo el día escondiéndose, disimulando, mintiendo y escuchando insultos humillantes es muy provechoso para el espíritu, sin duda, pero bastante dañino para la vida cotidiana. Los bujarrones tenían que elegir: o se hacían artistas desdichados o se hacían desdichados a secas. Tenían algunos pequeños paraísos artificiales, como Stonewall, pero incluso ahí llegaba a bocanadas la pestilencia del mundo de afuera: como eran mariquitas temerosos, la policía aprovechaba cualquier ocasión para reventarles la diversión.

Hasta el 28 de junio de 1969. Ese día los afeminados cobardicas del Stonewall se plantaron. Dijeron que ya estaba bien de abusos y de mortificaciones. Perdieron el miedo y se quitaron el embozo. Miraron a cara descubierta a los policías y a los individuos que pasaban por allí y les dijeron en voz alta: "Sí, somos maricones, ¿qué pasa?". La mecha estaba prendida. Ese día -hace menos de cuarenta años, un suspiro histórico- empezó el orgullo. Yo tenía entonces siete años. No sabía todavía que era homosexual. Ni siquiera sabía que antes de serlo tendría que ser maricón.

Han sido muchos los que a partir de entonces lucharon a brazo partido para lograr el respeto y la dignidad, para conseguir el derecho a pasear por las calles sin disfraces ni dobleces. Yo no, no lo hice. Yo no escribí artículos ni saqué

pecho en los círculos en los que me movía. Yo no fui a ninguna de aquellas manifestaciones en las que un puñado de activistas y de travestidos reivindicaban sin vergüenza su normalidad. Yo -es más- fui uno de esos imbéciles pedantes que censuraron por folclóricas aquellas algaradas callejeras. Yo no estuve cuando la pelea era dura, cuando la vergüenza aún acechaba, cuando las burlas y los agravios campaban sin remedio por las calles.

Luego dejé de ser joven y, también, de ser tan imbécil y tan pedante. Comencé a hacer lo que pude, lo que supe. Dejé que la rabia fuera más grande que el miedo. Me uní a esa infantería desarmada que guerreaba en los despachos, en los parlamentos, en los periódicos y en las plazas. Enseñé mi rostro, me encaré.

Cuando llegó la hora de recoger los frutos yo tenía poco más de cuarenta años. No era ya un niño, pero me quedaba aún algunas sobras de juventud que podía aprovechar con buena compostura. Me quité las últimas prendas de los disfraces que había llevado. Y me casé con el hombre al que amaba. Comí perdices.

Hay una estampa del mundo gay que siempre me perturbaba: la del hombre viejo con el pelo teñido de color caoba y los muslos entallados en unos pantalones rojos muy ceñidos. Ese hombre de sesenta años que se corta el pelo a la moda de los veinteañeros. El hombre que baila house en las discotecas con maneras de pasodoble. A veces me quedaba mirando a esos hombres como si fueran un espejo y sentía miedo de llegar a parecerme a ellos. De acabar mal de la cabeza. De ser -artista o no- desdichado.

Aquellos muchachotes de Stonewall que aún viven no podrán disfrutar de los provechos de su coraje. En estos casi cuarenta años de revueltas y de orgullos han ido quedándose en el camino -no sólo muertos: devastados- muchos hombres y muchas mujeres que quemaron sus naves y consumieron su propia vida para que otros pudiéramos hoy celebrar. Algunos de ellos probablemente se tiñen el pelo y se dan mechas, se compran pantalones de tiro bajo para enseñar la goma del calzoncillo en la cintura. Yo creo que les debo mi alegría a ellos. Que mis perdices -que en unas épocas son gordas y en otras flacas- tendrían que ser también suyas. Que la vida que vivo en buena parte me la prestaron.

Perdóneme la melancolía y la gravedad, pero creo que corremos el riesgo de comenzar a pensar que todo esto se consiguió sin nada, que fue un regalo. Que nunca hubo embozos ni disfraces. Que los chicos de Stonewall eran solamente pendencieros.

LUISGE MARTIN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA OBRA PUBLICADA ES LA NOVELA *LOS AMORES CONFIADOS* (ALFAGUARA)